



## **Mensaje Eucaristía en el Día de la solidaridad 2020**

**18 de agosto de 2020**

**Sergio Pérez de Arce Arriagada**

**Obispo de Chillán**

La carta de Santiago nos hace una pregunta muy cuestionadora: “Hermanos míos, ¿de qué le sirve a alguien decir que tiene fe si no tiene obras?”. Y afirma al final del párrafo que leímos: “Yo te mostraré mi fe por medio de las obras”.

San Alberto Hurtado nos mostró en su vida abundantemente sus obras: el hogar de Cristo, la revista Mensaje, la defensa de los derechos de los trabajadores, su entrega formativa a los jóvenes, su denuncia de una caridad que no asume sus deberes de justicia, su vida de oración... Y gracias a estas y otras obras, hemos descubierto su gran fe, su pasión por Jesucristo y su evangelio.

En estos meses de pandemia, muchos hermanos e instituciones nos han mostrado sus obras:

- En medio de una enfermedad nueva como el covid-19, peligrosa por la posibilidad de contagio, muchos hermanos en el campo de la salud nos han mostrado su compromiso y su dedicación al cuidado de otros;
- Ante hermanos mayores que se han quedado más solos por las exigencias de la reclusión, y por tanto más vulnerables, muchas personas e instituciones se han preocupado de acompañarlos y apoyarlos;
- Cuando se empezó a manifestar el hambre y la falta de alimento, muchas familias, juntas de vecinos, capillas, grupos de amigos, instituciones, se han organizado para paliar esta necesidad, generando ollas comunes, repartición de cajas y otros apoyos indispensables;
- No olvidamos el trabajo de autoridades, servidores públicos, fuerzas armadas y carabineros, profesores; el compromiso de muchas familias con sus hijos; así como la entrega de personas e instituciones que permanentemente llevan adelante servicios en favor de los más vulnerables: para prevenir y sanar la drogadicción y el alcoholismo, para acoger en residencias a ancianos y a niños; para apoyar y promover la dignidad de hermanos inmigrantes, personas privadas de libertad, personas en situación de calle.

Toda esta acción nos recuerda que la solidaridad parte por mirar al otro en su necesidad, por descubrir que es mi hermano/a, y que lo que él o ella vive no me es indiferente, me atañe, porque es “carne de mi propia carne”, porque él y yo somos miembros de esta única humanidad donde nadie se salva solo, sino caminando juntos.

Pero toda esta solidaridad que se ha expresado de múltiples formas no es suficiente si no llega a impregnar nuestras relaciones permanentes, nuestras estructuras sociales, nuestro desarrollo

político. En una sociedad que tiene todavía niveles tan grandes de pobreza y desigualdad, y que atraviesa hoy por una crisis social y sanitaria tan aguda, la solidaridad tiene que hacerse un valor perdurable y una práctica habitual, hasta convertirse en cultura: una cultura solidaria, en un país de hermanos.

Para esto, tenemos que vencer constantemente el paradigma individualista que tenemos enraizado en nuestro ser y que nos hace creer que cada uno se basta a sí mismo, que cada uno debe “rasgarse con sus propias uñas” para salir adelante.

Quisiera poner un ejemplo, a propósito del tema de moda en estos días: las AFP y el 10%. Las AFP y las pensiones descansan sobre un mecanismo de capitalización individual: el que gana bien y tiene trabajo estable, impone bien y tendrá una buena jubilación; el que gana poco y no tiene trabajo estable, impone poco y en forma irregular, tendrá una mala jubilación.

Si dejamos el sistema a ese puro criterio individualista, es una catástrofe para buena parte de la población, porque abunda entre nosotros el trabajo mal remunerado y el empleo precario. Muchos incluso, como las dueñas de casa, no trabajan remuneradamente. Dejada esta población a su propia suerte, tendrá pensiones paupérrimas o no tendrá.

Un sistema así solo se puede corregir o transformar con solidaridad. Y de hecho, el Estado creó hace algunos años un pilar solidario para apoyar a aquellos que quedan al margen o muy rezagadas en este sistema. Todavía es insuficiente, pero indica un camino.

Lo increíble es que cuando nos preguntan si estaríamos dispuestos a aportar algo de nuestra parte para hacer que este u otro sistema sea más equitativo y solidario, tendemos a decir: “No, la plata es mía”. Nos situamos ante la sociedad individualistamente, como si yo viviera aislado y como si todo lo que yo soy y tengo solo fuera mérito mío, olvidando las tantas cosas que yo he recibido de los demás y de la sociedad. Somos muy buenos para exigir que los demás me den, el Estado me dé, la autoridad me dé, pero malos para comprender que todos tenemos una responsabilidad con el bien común, especialmente con el bien de los más pobres y vulnerables.

Este tiempo de pandemia y de nuestro país requiere con urgencia que nos pensemos en comunión con los demás y responsables unos de otros. Que nos comprendamos desde un “nosotros” y no solo desde mi yo; desde la preocupación por el bien común y no solo desde mis intereses personales. Es una exigencia de solidaridad.

Lo necesitamos para cumplir las medidas sanitarias y enfrentar con el menor daño posible la acción del coronavirus. Lo necesitamos para reactivar paulatinamente la actividad económica y generar el empleo que da sustento a las familias. Lo necesitamos para seguir yendo en ayuda de los más vulnerables: ancianos, enfermos, desempleados, inmigrantes, todo el tiempo que sea necesario. Lo necesitamos para generar en el país un mejor clima de convivencia, que permita una acción política más cohesionada para hacer frente a los desafíos de justicia y de paz que el país tiene. Lo necesitamos para atender a las demandas justas de pueblos originarios y de otros grupos sociales que no se sienten suficientemente integrados al caminar común en su dignidad e identidad.

En el evangelio que hemos escuchado, los “benditos de mi Padre” a los que se refiere Jesús, son todas personas que no se encerraron en sí mismas, sino que tuvieron ojos, corazón y manos para entrelazar

sus vidas con otros y hacerse hermano del otro en el momento de la necesidad, de la enfermedad y del dolor. Hoy nuestra humanidad y nuestro país necesita de cada uno, para construir un proyecto común. En ese proyecto por supuesto que está cada uno, con sus propios desafíos y necesidades, pero cada uno entrelazado con los demás. Nadie se salva solo, vamos todos en la misma barca. Solidariamente unidos.